

La ahijada.

(De Ch. Nodier.)

Hace un año que mi afán por las investigaciones botánicas me llevó á los alrededores de un pueblecito que se halla á corta distancia de Loudun. Una mujer como de unos cuarenta años que me encontró en la montaña, se imaginó que yo era recolector de *simples*. Observando que deseaba vivamente hablarme, y sin adivinar lo que motivaba este deseo, yo mismo di principio á la conversación. Aquella mujer me dijo entonces que era muy desgraciada, porque una hija que tenía, que era todo su consuelo y á la que quería más que á sí misma, se hallaba enferma y estaba desahuciada de los médicos. En seguida me rogó, con las lágrimas en los ojos, fuera á visitarla y le prestara mis auxilios. Inútil hubiera sido el rehusarme á hacer esto; y, por otra parte, ¿por qué había de privarla de este momento de esperanza, recompensa estéril, pero dulcísima, de muchos meses de incertidumbre y de llanto?

Marché, pues, detrás de ella, atravesando por zarzales y floridas retamas, hasta llegar á la orilla del pueblo, donde deteniéndome en el umbral de una cabaña, me hizo entrar, y yo penetré á la habitación donde su hija reposaba sobre un lecho de madera cubierto por dos cortinas verdes.

Lo joven estaba apoyada sobre uno de sus brazos; sus ojos miraban con vaguedad; sus mejillas estaban encendidas y ardientes, pálidos sus labios, fatigado su aliento. Parecía contar de 16 á 17 años á lo más, y aunque sus facciones, no tenían un grande atractivo, se notaba, en cambio, en su rostro esa expresión conmovedora y apasionada que tiene el poder de embellecerlo todo.

—Susana, le dijo su madre, aquí está un señor muy sabio, que curará seguramente tu enfermedad.

La joven se volvió hacia la pared, sonriendo dulcemente.

—Susana, agregué yo, apoderándome de su mano, no se abandone usted á una desconfianza injusta; todo tiene remedio.

La enferma levantó su cabeza y me miró fijamente.

—Examinando detenidamente los caracteres de la enfermedad, le dije, sin duda que encontraré los medios de combatirla y dar á usted avilio.

La joven sonrió de nuevo, y retiró su mano de la mía con un ligero esfuerzo.

En aquel momento su madre salió de la habitación.

Yo no sé qué extraña turbación se había apoderado de mí: iba y venía á grandes y agitados pasos de un extremo á otro de la recámara, y me asaltaban pensamientos sin orden ni armonía.

Aquella jovencita me inspiraba interés. Acerqueme á ella y me senté. Oí entonces un suspiro.

Busqué su mano, y al encontrarla, oprimió la mía, que estaba ardiente.

—Susana, le dije, colocando mi mano sobre su corazón: ¿es aquí donde está tu principal sufrimiento?

Por única respuesta, bajó con una lentitud melancólica sus párpados, que estaban hinchados y encendidos. Sus pestañas brillaban aún con la humedad de las lágrimas.

—¡Ah! ¡tú amas! exclamé á media voz.

Su pecho se levantó como al impulso de un suspiro contenido.

Entrelazó en sus dedos un cadejo de sus negros cabellos, y lo llevó hacia su rostro, cubriéndose los ojos.

Entonces, rodeándola con uno de mis brazos, la atraje hacia mí con un casto interés. Mi aliento rozaba sus labios.

Apenas pude oír que me dijo:

—¡No está él aquí!

—No, es verdad, le contesté; pero, ¿acaso no debe volver?

Susana, levantando su mano, me hizo una indicación negativa.

—Quizás le verás mañana, le dije.

No me contestó. Temiendo aumentar su pena, guardé silencio. Dirigióme una mirada que me eterneció, y entonces, alargando una de sus manos, enjugó con el reverso de ella una lágrima que se había quedado en mi mejilla; otra que cayó sobre su mano, la secó con sus labios.

—¡Qué feliz eres con haber llorado! me dijo.

En seguida, observándome más atentamente, añadió:

—Tienes una alma de ángel . . . y yo llegaré á amarte. Pero, dime, ¿eres noble?

Vacilé en confesárselo. Era una crueldad decir esto ante la virtud reclinada en el lecho de la miseria.

—Oh! exclamó: ¿Noble de corazón y de títulos de familia? . . . En eso hay un contra-

sentido . . . Pero eres muy joven aún . . . ¡Qué feliz soy al verte ruborizar!

—Explícame . . .

Pero esta palabra no la pronuncié: ¿qué necesidad tenía de una aclaración dolorosa para mostrarle la piedad y la compasión que yo sentía? Bastante nos habíamos comprendido ya.

Pocos momentos después la madre volvió, esperando las palabras que como un oráculo salvador debía yo pronunciar.

—¿Ha amado alguna vez? le pregunté.

—¡Ay, nunca! A pesar de nuestra indigencia, se han presentado ricos partidos solicitando con empeño el amor de mi Susana. Pero ella se ha mostrado indiferente á todos, más bien queriendo que aún hubiera claustros para ir á sepultar en uno de ellos su juventud, porque el mundo le ha sido importuno, y ha encontrado la vida larga y difícil. Creo que ningún hombre ha podido obtener el cariño de Susana, con excepción de su padrino. Tiene éste doce años más que ella, y es hijo del antiguo señor del cortijo. Mientras que él estuvo ausente en servicio del rey, decía ella: «Sé que mi padrino volverá, porque Dios me lo ha prometido . . . Y cuando él, á su regreso, venga á verme, le daré un cordero muy blanco, con listones azules y color de rosa entretejidos con flores de la estación.»—En efecto, ella fué á su encuentro; y cuando él la vió, bajó del caballo, la dió un beso en la frente, y exclamó:

—«¡Vaya, que Susana está muy bonita! . . . De hoy en adelante no consentiré ya que siga conduciendo los rebaños á través de las campiñas . . . porque la amo como si fuera mi hermana, y no quiero que su cutis se tueste con los ardores del sol.»

A los primeros albos del siguiente día volví á ver á Susana, y la encontré más mala.

—Escucha, me dijo abrazándome: tú debes ser tan bueno como noble, y voy á pedirte algo mejor que la vida. Ruega á mi madre que me dé mi vestido blanco, mi velo de muselina y mi crucecita de cristal. Corta del jardín una violeta, y de la orilla del arroyo un iris: tráemelos, que hoy es el aniversario de mi nacimiento.

Hice lo que me pedía, y su madre la vistió. Pero al bajar de su lecho, se aumentó su debilidad. La campana, que alegre sonaba en la iglesia de enfrente, resonaba ensordecedora en la habitación de Susana. Acercándose á ésta su madre, le dijo:

—Oye: es el casamiento de Federico, tu padrino; y si no estuvieras enferma, bailarías hoy, como todas las muchachas, en los salones del castillo . . . ¿Por qué no te haces un esfuerzo?

Pero la pobre Susana ya no oía, á pesar de habernos dicho que se sentía mejor.

Su madre y yo nos aproximamos á la puerta para ver pasar á los novios . . . La desposada, con cuidado y temor escogía los sitios donde debía pisar, para no manchar en el lodo los bordados de su calzado. Todos sus movimientos eran penosos y estudiados; todos sus gestos, soberbios y desdenosos. En sus pasos, en sus miradas, en el arreglo de su peinado y en los pliegues de su vestido, se notaba una calculada simetría. Parecía que le inspiraban disgusto los cuidados de aquella ceremonia tan sencilla. Federico iba detrás de ella, con la cabeza baja y el vestido descuidado, y su marcha era lenta y preocupada. Al pasar por delante de nosotros dirigió al interior de la casa una mirada triste y sombría; se detuvo, mordiendo los labios; despedazó las flores de un ramillete que llevaba en sus manos, y siguió adelante. Yo había quedado solo, y reflexionaba en lo que acababa de ver, cuando oí un grito doloroso y prolongado. Corrí hacia a-

dentro. La madre estaba de rodillas. La joven, recostada é inmóvil.

—¿Qué es lo que pasa? pregunté.

—Ah! ¡mírela usted! me dijo la madre, más bien con la mirada que con la voz.

Susana estaba rígida, sin color, inanimada, muerta. Y para cerciorarme mejor de que ya no respiraba, acerqué mi oído á su corazón, al mismo tiempo que con mi mano tocaba su frente: ésta, estaba helada; aquél, ya no latía!...

¡Eso fué lo que ví en el pueblecito de los alrededores de Loudun!



Condenada.

(De Gustavo Guesviller.)

¿Fra, en efecto, el soplo de la tempestad el que sacudía furiosamente los árboles del parque, gemía en la chimenea, y, como un saltador, hacía estremecer las ventanas cerradas del salón, en tanto que á lo lejos el rayo rugía sordamente? No lo sé; pero aquella noche, la conversación, de ordinario algo alegre entre nuestros amables comensales, había tomado un giro singularmente sombrío. Se trataba nada menos que de la muerte; cada cual decía algo que no era para reirse, porque la palabra infierno se repetía á cada momento; pero, eso sí, con mucha oportunidad.

—Bah! exclamó de súbito la Sra. d'Arzac: el infierno no me espanta; y, sin embargo, debería yo temerle terriblemente, porque tal como me veis, sin exhalar ningún vapor pestilente como el azufre, he sido condenada por tres veces diferentes, si es que hay que dar fe á la triple maldición que contra mí fulminó mi digno tío el abate Janlieu, que hoy goza de la bienaventuranza eterna. Pero os lo juro: aunque pecadora pertinaz, no sé qué daría por

poder merecer de nuevo aquellas tres maldiciones.

La Sra. d'Arzac es una viuda que hace largo tiempo dejó de pertenecer al número de mujeres de «cierta edad», para contarse en el de las de «edad cierta»; con ingenuidad confiesa los sesenta años que cuenta; su voz conserva el timbre de la juventud; sus ojos son vivos; es de un humor alegre y jovial; su salud es perfecta, y las canas le sientan á las mil maravillas.

Las mujeres viejas, cuando saben ser viejas, tienen la gracia penetrante de los recuerdos felices.

—Esto que os digo, prosiguió Madama d'Arzac, se remonta á . . . algunos años. En aquel entonces, yo era rubia. No mováis la cabeza á la manera de los incrédulos, porque no hay aquí nadie que pueda certificarlo. Era rubia, y aun puedo decir, una rubia bastante linda. La vanidad póstuma me está permitida, ¿no es verdad? Aquí no hay nadie más que yo para rendir homenaje á lo que fué, y los muertos tienen derecho á los panegíricos. Todos vosotros ignoráis quizás que mis primeros pasos en la vida no fueron de lo muy agradable. Mi padre, el conde de Janlieu, deseaba ardientemente un hijo; pero fui yo quien vino al mundo, y con tal desdicha, que mi pobre madre murió al darme á luz. Con esta pérdida, concibió mi padre una violenta desesperación, que lo hizo olvidarse de mí. A ja verdad, con el tiempo yo hubiera conquistado su ternura, pero el cielo no lo permitió; apenas llegaba yo á la edad de la razón, cuando Dios, escuchando las ardientes oraciones de mi padre, le llevó á su lado y al de la esposa querida que tan pronto había sido arrebatada á su amor.

A los siete años quedé huérfana, y entonces fui recogida por el único pariente próximo que me quedaba, mi tío, el abate de Janlieu. Este santo sacerdote era un hombre algo extravagante, y algunos le creían filósofo, ó á lo

menos, bastante original. Vistió los hábitos, no tanto por vocación, cuanto por desprecio de la vida y del mundo, y tenía gusto en decir que no había hecho otra cosa más que consagrar á Dios la vida que de él había recibido. Aunque por su inteligencia, su saber, su fortuna y su nombre, hubiera podido pretender las más altas dignidades eclesiásticas, sólo había solicitado un curato en los alrededores de Valencia, y el único favor que pidió fué el de que se le dejara en la humildad de su condición. Esta fué la única ambición de un hombre modesto que, dicho sea sin faltar al respeto á su memoria, buscaba solamente la tranquilidad y sabía apreciar las horas que le podían dejar libres las ocupaciones de su ministerio. No vayáis á concluir de aquí, que fuese un perezoso; leía, rezaba, y su fe, siempre activa, hacía de él un modelo de caridad evangélica.

Heme aquí, pues, instalada en la casa cural. Ya habéis visto en todas partes este humilde edificio: las paredes, blanqueadas simplemente con cal; las hojas de las puertas y ventanas, pintadas de un color castaño; un techo alto, en el que hay nidos de palomas. En el interior, una comodidad sencilla: lo útil y lo agradable unidos, sin tocar al extremo del lujo. Adivináis las blancas cortinas recogidas delante de las ventanas; todo limpio y brillante, sin el menor átomo de polvo: por todas partes el orden y la gracia llevados casi á la coquetería.

Esto orden imperturbable y esta limpieza inmaculada, eran debidos á la vigilancia de la criada de mi tío, mujer muy estricta para el cumplimiento de sus deberes, y amante de tener siempre la casa brillante y limpia como un espejo. Nunca la conocí más que con el nombre de María del Abate, que era como la llamaban las gentes del lugar, para distinguirla de otras que llevaban el mismo nombre de María. Gruesa, algo coloradota, sonriente y

regañona, ella era la que hacía todos los quehaceres de la casa.

A este cúmulo de trabajo había que agregar la delicada función de aya: mi llegada había ido á complicar sus faenas; pero María del Abate no se lamentaba temiendo una rival intrusa: por el contrario, estaba demasiado orgullosa de su situación en el presbiterio, para consentir en dividirla; estaba segura de ser la única sirvienta que podía permanecer siempre la única ama.

Fuéme destinado un pequeño aposento, contiguo al que ella habitaba; allí dormía yo bajo su cuidado, y debo reconocer que ella me manifestaba una solicitud igual á la que tenía por sus gallinas y por todos sus utensilios culinarios.

Pronto se ocupó mi tío de mi instrucción, y á despecho de la reprobación de María, quien prefería verme brincar y saltar la cuerda, se las compuso él de manera que yo me instruyera en cosas útiles y sagradas.

Trabajaba yo abajo, en el gabinete de mi tío, pieza severa, fría como el invierno, sombría como una pesadilla, y llena de gruesos libros amenazantes. Porque en la ingenuidad de mi ignorancia, me imaginaba que aquellos libros no estaban allí más que para mí—en contra mía, debía decir—y que debía yo aprenderlos todos, desde el primero hasta el último.

Lo que agravaba mi infantil martirio, era la sonriente tentación que, durante los días más hermosos del año, brillaba de una manera encantadora tras de las cortinas de mi ventana: el jardín con sus flores, sus frutas, sus mariposas; el estanque con sus pescados y sus ranas; el corral donde los gallos se pavoneaban soberbios, reflejando mil colores en su plumaje; el vivar donde los conejos hacían tan extravagantes figuras al mover agitadamente el hocico; más allá el terrado, al extremo del huerto, cerca de una pared ya en ruina, desde

el que se descubría á lo lejos el azul Ródano surcado de embarcaciones que tendían al viento sus blancas alas; las colinas pobladas de árboles; las inmensas llanuras, revestidas de una esmeralda resplandeciente; las praderas, donde pacían lenta y alegremente las vacas, las ovejas y las saltadoras cabras. En lugar de ver todas estas cosas llenas de encanto y seducción, ¡ay de mí . . . contemplar forzosamente las amarillentas pastas de un Antiguo Testamento ó de un catecismo; en lugar de escuchar el canto de los gallos, el gorgojo de los pájaros y las mil variedades canciones de la naturaleza, oír el murmullo monótono y grave de mi tío el abate.

—¿Qué es el infierno?

¡Sí; mi primera condenación data de este estudio!

—¿Que es el infierno?

Tenía yo nueve años, y era un día de junio, bañado de la ardiente claridad del sol. Pero, en el día, el sol no llegaba al gabinete de mi tío, lo que le hacía más severo; mientras que el jardín, inundado de una luz de oro, estaba resplandeciente.

—¿Qué es el infierno? volvió á preguntar mi tío.

Los alelís se balanceaban lentamente sobre sus tallos; las rosas blancas entreabrían sus perfumadas hojas.

Y yo respondí al abate:

—El infierno es un lugar horrible en el que, estando privado para siempre de la vista . . . de la vista . . .

¡Oh! ¡y las coquetas mariposas que revoloteaban en los rayos del sol, con los que se doraban sus alas! . . .

—De la vista . . . ? preguntó mi tío

—De . . . Dios! exclamé.

—Bien; ¿y después?

¡Qué curiosidad tenía el abate!

— . . . Se sufre . . .

¡También yo sufría! . . . ¡Y los gallos, que me llamaban á gritos!

Dócilmente proseguí:

— . . . se sufre, en el fuego, muchos . . . muchos . . .

— . . . tormentos, me ayudó el abate . . .

— . . . eternos!

¡Había dado yo, al fin, con la última palabra!

Pero no me daba cuenta de lo que decía . . . ¡Allá afuera estaba todo tan hermoso! Mi tío tampoco estaba en sí, porque . . . ¡hacía tanto calor!—cada uno comprende la atmósfera á su modo.—Sobre su frente brillaban gruesas gotas de sudor; respiraba con dificultad; arrojaba suspiros capaces de hacer volar el gorro de María; y por instantes olvidaba su cabeza al grado de dejarla caer pesadamente hacia adelante. Evidentemente luchaba contra el deseo de dormir una sabrosa siesta.

Pareció sacudirse con violencia, y me dijo:

—¿Cómo está designado el infierno en las Santas Escrituras?

Este esfuerzo lo aniquiló; apoyó el codo sobre un mueble, y la cabeza sobre la mano.

Enredándolo yo todo, le contesté:

—El infierno es llamado el pozo ardiente de la cólera del gran lago y el horno inmenso, que no es otra cosa que el abismo del estanque de Dios . . .

El codo de mi tío resbaló, y poco faltó para que el abate fuera á dar con la frente sobre la mesa. Enderezóse con dignidad, y disimulando un bostezo significativo:

—Aun no sabes bien todo, me dijo con cierto reproche. Voy á dejarte sola para que estudies tu lección: trabaja.

Esto dicho, salió, dirigióse á la pieza vecina y entrecerró la puerta.

Oí entonces el rodar de una silla poltrona.

Después nada.

Prontó llegó hasta mí el ruido de su respiración, acentuándose por grados: primero fué

un ronquido corto y tímido; luego, uno más natural; después, otro más franco: el abate roncaba con la serenidad del hombre justo. Para asegurarme de que dormía, me levanté sin hacer ruido. El abate estaba hundido en un sillón de brocado granate, con los brazos caídos y la cabeza inclinada oblicuamente hacia delante. Jacob debió haber dormido así tan profundamente cuando soñó la Escala.

Yo me acerqué á la ventana, y aprovechando el ronquido más sonoro, la abrí. Oh! ¡cómo aspiré entonces el aire libre cargado de perfumes! . . . Inmediatamente me dije:

—¡Si yo saltara por la ventana!

Un instante resistí á mi tentación. Mas he aquí que repentinamente distingo allá abajo en el huerto, sobre el terrado, cerca de la antigua pared que se convertía en ruinas, primorosos rubíes que se balanceaban en el follaje.

Ah! ¡jera el cerezo constelado de sus sabrosos frutos!

Pero, ¿qué hacía María del Abate? Apliqué el oído en dirección de la cocina, y percibí un ruido que me tranquilizó: María del Abate fregaba sus trastos, y cuando esto hacía, ocupaba tres largas horas, durante las cuales el mismo rayo, entrando en la casa, no llegaría á turbarla.

¡Sí, sin duda me atrevería á saltar por la ventana!

Y salté.

De un brinco me hallé en el huerto. Escalé la vieja pared, ayudándome de pies y manos; cogí un grueso ramo de cerezas, atrapé el tronco y haciendo un impulso, fuí á sentarme lo más cómodamente posible entre dos gruesas ramas.

¡Qué excelentes estaban las cerezas! Comía yo de ellas con verdadera fruición y alegría.

Repentinamente la puerta de la casa se abrió, y apareció el abate, haciendo reflejar los rayos del sol en su vestido negro.

—¿En dónde estás? . . . ¿En dónde estás, picaruela?

Buen cuidado tuve de no contestar, y permanecí agazapada en mi árbol.

—¿En dónde estás?

Y avanzó, escudriñando por todas partes con la mirada. ¡Dios mío! . . . ¡pronto se acercará al terrado! . . . Sí, allí venía derecho; y lo peor del caso era que venía rozando la pared, con dirección al cerezo. Me ví perdida; el terror me hizo moverme torpemente; mi delantal cayó, y ¡patatrás! los huesos de las cerezas fueron á caer como lluvia en el ancho sombrero del abate, haciendo á éste mirar estupefacto hacia arriba.

—¡Desdichada! exclamó blandiendo su breviario, ¡desdichada! ¡tú irás derecho al infierno!

Esta maldición precipitó mi descenso: no bajé, sino que rodé.

—¡Ahora, al trabajo! ¿Sabes tu lección?

—Sí, dije con aire apenado á la vez que fanfarrón.

—Vamos á ver . . . ¿Qué es el infierno?

Casi llorando, echando insolentemente mi cabeza hacia atrás, sacudiendo mis rubios rizos, y golpeando el suelo con el pie, le respondí:

—El infierno, tío, es un lugar horrible . . . ¡y muy horrible! . . . en el que no hay flores, ni mariposas, ni gallos, ni cerezas . . . todo, en fin, como vuestro gabinete.

¡Y os aseguro que realmente de esa manera era como yo me imaginaba el infierno aquel día!

* * *

Mi segunda condenación tuvo una causa menos fatal, porque desde la aventura de las cerezas, había yo adquirido ya algún juicio; no se trataba de pereza ni glotonería,—pecadillos que se perdonan á los niños,—sino de curiosidad y coquetería, pecados casi mortales que más tarde, cuando la mujer comienza á com-

prenderlo todo, se constituyen en nuestro flaco. Entonces yo no tenía ya más las insidiosas preguntas de mi tío sobre los dos Testamentos ó el catecismo. Próxima estaba á cumplir once años de edad, y preparaba mi primera Comuni6n. Sin lisonjearme, puedo decir que yo no era la más devota y la más entendida de aquellos contornos. Con la misma serenidad con que jugaba á la madona entre todos los niños y niñas de mi edad, jugaba á la mamá con mis muñecas. Llena de unción y de orgullosa modestia, hablaba en voz baja, procuraba no reír, tenía los ojos bajos y cerrada la boca. Mi tío pretendía que yo era un modelo de edificaci6n en la Parroquia.

Un día el abate abrió en mi presencia su armario para buscar no sé qué cosa. Como me daba la espalda, tuve la franqueza de levantar los ojos, y percibí sobre una tabla del armario, una especie de cofre forrado de tafilete rojo, que despertó á tal grado mi curiosidad, que no pude menos de preguntar:

—¿Qué es ese cofre, tío?

El abate respondió con tono de orador:

—Esto no tiene que ver nada con las muchachas como tú.

Fácil le fué responder esto á él que sabía lo que contenía el misterioso cofre, y mejor contestaci6n no hubiera podido escoger para excitar mi curiosidad de Eva principiante, pues el diablillo que yo tenía siempre en mí, parecía gritar constantemente á mi oído:

—¿Qué será ese cofre rojo?

Yo no quería oírle, pero, obstinado como todos sus semejantes, se complacía en mortificarme. Para callarlo, aumentaba mi devoci6n; mas con demasiada frecuencia el tentador pensamien'to se interponía entre los *Pater noster* y las *Ave Marias*, y mientras que mis labios continuaban implorando á Dios ó á la Virgen, no cesaba yo de oír la diabólica voz:

—¿Qué será ese cofre rojo?

Sufría yo tanto, que tuve que pensar en el

remedio; y no había más que uno: penetrar cautelosamente en el gabinete de mi tío, apoderarme del cofre, abrirlo, y ver lo que contenía.

Las circunstancias contribuyeron á perderme.

Una tarde, vinieron á buscar á mi tío para llevarlo inmediatamente á la cabecera de un moribundo.

—No te olvides de vigilar tu conducta, me recomendó el abate al salir.

Así lo prometí.

Ese día había habido grandes entradas de comestibles en el mercado de Valencia, y María del Abate, que siempre andaba espionando la ocasi6n de hacer economías, se había ido al mercado. Así, pues, yo estaba sola en la casa . . . Sola, con mi tentaci6n y el cofre misterioso. ¿Podría yo resistir? . . . Entré en el gabinete de mi tío. El confiado abate dejaba siempre las llaves en las cerraduras. Abrí el armario, y descubrí, debajo de un mont6n de pañuelos, el cofre, el cofre misterioso.

¡Abajo los pañuelos! Me apoderé del cofre, y lo sentí tan pesado, que creí que estaba clavado en el armario. Redoblé mis fuerzas, y tiré del cofre con tal violencia, que vacilé un momento, y, sudando á mares, me acerqué á una silla cerca de la ventana, y allí lo dejé caer . . .

El cofre estaba lleno de cajas de diferentes tamaños y diversos colores.

Abrí una al acaso, y quedé deslumbrada ante un brazalete de oro riquísimo de diamantes . . . Sí: el abate conservaba allí, en ese cofre, las alhajas de familia. ¡Y todas las conservaba para mí aquel hombre generoso! Pero esto, lo ignoraba yo entonces.

La admiraci6n me inspiró una timidez respetuosa. Mas cobrando ánimo, abrí un estuche, y otro, y otro. Los abrí todos, en fin, y los puse ordenadamente en el suelo, para contemplar mejor su primoroso conjunto

Allí había anillos, zarcillos, cadenas, colla-

res, brazaletes, hebillas, broches . . . ¡era una completa joyería! La coquetería habló entonces. No me dejé turbar por la indecisión para escoger: usé de todo.

Heme aquí, pues, entregada al pillaje. Al redor de mi cuello hice pasar, á lo menos, cinco collares; me quité mis humildes zarcillos de coral y los reemplacé por un par de arracadas, que casi me llegaban á los hombros; cargué mis puños de brazaletes; prendí una media docena de espigas y broches en mi delantal de alpaca, sin omitir dos castellanas, una en mi bolsillo izquierdo, y la otra en el derecho. Finalmente, en cada dedo me puse tres anillos, exceptuando los pulgares. Y juzgándome bastante ataviada, fui á mirarme en el espejo del abate, teniendo cuidado de conservar levantadas las manos para que los anillos, que eran demasiado grandes, no se escaparan de mis dedos.

En esta actitud me hallaba, cuando mi tío, entrando repentinamente, me sorprendió. Espantada, retrocedí, dejando caer los veinticuatro anillos, que rodaron por el suelo.

—¡Ah, pícara!

Su rostro se puso carmesí. Su breviario se le escapó y fué á caer junto á los anillos. Adelantó luego hacia mí, con la mano levantada. Oh! no me golpeó, no: ¡era tan bueno!... pero me dió un tirón de nariz, que hirió profundamente mi amor propio, y exclamó:

—¡Bribonzuela! ¡Vas á irte derecho al infierno!

¡Y yo no respondí nada!

••

He aquí, en fin, mi tercera condenación.

La escena del drama es una avenida umbrosa de un lindo parque, en el valle de Chevreuse. Era una mañana de estío. Tenía entonces dieciocho años. Pero es necesario que primero os diga por qué me hallaba yo en aquel

parque, en vez de hallarme en el delicioso huerto de mi tío.

Tan pronto como mi primera Comunió tuvo su verificativo, el abate me envió al colegio del *Sagrado Corazón*, de París, confiándome á los cuidados de una familia amiga, algo pariente: los d' Orchères. Tres veces por año, en enero, en la Pascua y en las vacaciones, mi tío dejaba su cuarto y venía á verme en casa de los d' Orchères, donde él recibía la más cordial hospitalidad. Además de su hotel del boulevard Saint-Germain, los d' Ochères poseían un castillo, situado á á inmediaciones de Saint-Remy-Chevreuse, en el que me hospedaban durante las vacaciones del otoño.

Todos los años, en el mes de agosto, venía á casa de los d' Ochères un subteniente de dragones, cuyas galantes atenciones y cortesías cumplidos no me desagradaban. Me complacía bastante en ver el guerrero casco que portaba, y mucho más la cabeza que lo llevaba. Mis pensamientos me recordaban frecuentemente la gallarda presencia del joven oficial, y muchas veces, en la tristeza sombría del colegio de la calle de Varenne, soñaba yo en aquel uniforme resplandeciente.

Al cumplir diez y ocho años, terminaba yo mis estudios, y volvía al castillo de los d' Orchères, donde encontraba yo la afectuosa vigilancia de mi tío el abate.

Pasados algunos días, llegó el seductor oficial, ya ascendido á teniente. Juzgad cuánta sería mi alegría, la cual, debo advertiroslo, trataba yo de disimular, fingiendo una glacial indiferencia. Tal es nuestro instinto. Para el hombre indiferente, todos nuestros favores; es verdad que obrando de esta manera sufrimos mucho, y el hombre también; pero él lleva la ventaja de ser más fuerte que nosotras. ¿Qué sucede después? ¡Ah, bien lo sabéis! El hombre amado ruega, implora. Nosotras nos sentimos vencidas desde mucho antes de su primera palabra; resistimos aún, por el pla-

cer de oír frases que son dulcísimas y respirar el ambiente perfumado de los amores. Después, nos dejamos rendir; el enternecimiento se apodera de nosotras, la piedad nos arrastra, y . . . y se hace lo que yo, ¿no es verdad?... Una mañana, cuando el sol comienza á inundar de luz los horizontes, vamos á dar un paseo por el parque, donde encontramos á nuestro dragón . . . La avenida está llena de sombras . . . El nos habla; le escuchamos

¿Qué era lo que el seductor oficial me decía? A fe mía, que lo he olvidado! Pero debían ser mil cosas conmovedoras, porque tenía yo los ojos llenos de lágrimas, y me había reclinado blandamente sobre su pecho, del lado del corazón.

De repente, el abate surge ante nosotros, portador siempre de su inseparable breviario. Avergonzada, cubro mi rostro con las manos, separando, sin embargo, ligeramente los dedos para observar. Sentía deseos de hallarme á cien pies debajo de tierra.

Mi dragón, no parecía de ningún modo turbado.

Por tercera vez, el abate fulminó su terrible maldición:

—¡Desdichada! ¡vas derecho por el camino del infierno!

Yo empecé á llorar; mi dragón se puso á reír, y tomándome por el talle, me dijo tiernamente, en voz alta, como si tratara de despreciar al pobre abate:

—No tengáis miedo, querida niña: los dos nos iremos juntos por el mismo camino.

Y, en efecto, cinco meses después, los dos nos fuimos . . . al curato, donde el abate, lleno de regocijo, nos dió la bendición nupcial.

Yo no sé ¡ay de mí! dónde estará ahora mi querido dragón; pero si es que se halla en el

purgatorio, no me quejaré mucho, porque aquí en la tierra tuvo su parte de paraíso . . .

Y Madama d' Arzac, como para excusar esta vanidad conyugal, se apresuró á añadir:

—Yo también . . . yo también tuve mi parte de paraíso! . . .



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA U...
ALFONSO...
No. 1625 MONTREY, MEXICO

La flor bretona.

(De Henry Murger.)

I.

Ivonne y su amigo Rogerio habían nacido en las costas de la Bretaña, donde sus padres, como la mayor parte de los ribereños, vivían del producto de la pesca. Casi podemos decir que desde los primeros pasos que habían dado al dejar la cuna, se habían encontrado y habían cambiado su primera sonrisa. Hasta la edad de diez años vivieron unidos, amándose como se ama en esa edad. No trataré de pintar el cuadro de estos amores infantiles. Acordaos, lector, de aquella rubia pequeñita que se llamaba Rosa, ó Carlota, con la que compartíais vuestros dulces y juguetes, reservando para ella la mayor y mejor parte; acordaos, lectora, de aquellas escapadas que os dábais de la escuela por ir á reuniros con vuestro amiguito que se llamaba Enrique, ó Victor, y que ahora llamáis *señor*; y si no encontráis uno de esos deliciosos recuerdos al evocar las primeras glorias de vuestra infancia, abrid á *Pablo y Virginia*, leed en *El alma de la casa* la

historia del poeta Teófilo Gautier y de la pequeña María que tenía en sus mejillas encendidas rosas: estos inocentes amores os traerán el recuerdo de los de Ivonne y su amigo Rogerio. Cuando éstos, pues, tenían diez años, se amaban y eran felices.

El padre de Rogerio, que era uno de los más hábiles pilotos de la costa, salvó un día de un peligro inminente un buque mercante que pertenecía á un rico armador del país. Al siguiente día, vino éste al encuentro del pescador y le propuso que le dejase encargarse del porvenir de Rogerio.

—Confíadme á vuestro hijo, le dijo; yo le enviaré al colegio con el mío, y al poco tiempo os lo devolveré con las charreteras de Oficial de la marina real.

El padre de Rogerio había acariciado por largo tiempo este pensamiento, pero sin esperanza de verlo realizado jamás; así es que al oír aquel ofrecimiento, aceptó desde luego. Entambos padres convinieron que dentro de dos días partirían sus hijos á un colegio de París. Esta nueva, caída como un rayo, advirtió á los niños que el dolor existía en este mundo.

Rogerio no veía más que una cosa en este acontecimiento: que iba á separarse de su amiga; y á pesar de la brillante promesa de las charreteras de oro, rehusaba partir con una obstinación del todo bretona: no había en su corazón ni un lugar donde la ambición fuera á aposentarse.

Fué preciso, sin embargo, obedecer. La última entrevista que tuvo con su amiga fué muy triste. Con la frente encendida por el rubor, la niña se arrojó llorando en los brazos de su amigo. Después, tomados ambos de la mano, recorrieron silenciosamente aquellos arenales que tantas veces habían hollado con sus pies. Fueron á visitar uno á uno todos los sitios que habían sido testigos de sus dulces alegrías. Ivonne pensaba que al volver á visitar aquellos lugares, no encontraría

en ellos más que recuerdos del ausente. Rogerio, más triste aún, recordaba uno por uno todos los detalles de este paraíso donde había trascurrido su infancia; y al ver que la dicha que dejaba parecía murmurar un adiós á su oído, presintió que aquella despedida era eterna, y que no volvería á ver ya aquellos contornos alegre y risueños.

Después de una larga conversación llena de lágrimas, los dos niños vieron con dolor que era necesario separarse, porque la noche comenzaba ya á extender su manto de sombras; sin embargo, prometieron volver á verse otra vez aún, antes de la partida de Rogerio, que se había fijado para la tarde del siguiente día. Rogerio descolgó de su pecho una medallita de *Nuestra Señora del Buen Socorro*, y como un recuerdo suyo se la dió á su amiga.

—¡Ay! ¡yo no tengo nada qué darte! exclamó la niña lanzando un hondo suspiro.

Y como en este momento habían llegado á un sitio donde tenían la costumbre de descansar después de sus alegres paseos, Ivonnette cogió un ramo de pequeñas florecitas semejantes á botones de oro, que crecen particularmente en las costas de la Bretaña. Dió estas flores á su amigo en cambio de su medalla, que ella había colocado ya sobre su corazón. Rogerio hizo otro tanto con el ramo; y después de prometerse de nuevo que se verían una vez más, se separaron, dirigiéndose cada uno á su propia casa.

Esta entrevista debía ser la última.

Rogerio, al volver á su casa, encontró un criado del señor Baradec, el armador, que le esperaba para llevarle á casa de éste, donde debía pasar la noche, porque á última hora había sido anunciada la partida para la mañana del siguiente día.

Tres días después, Rogerio entraba en uno de los colegios de París, con su compañero el hijo del armador.

II.

Diez años han trascurrido entre la primera y la segunda parte de esta historia, y los sucesos que han tenido lugar durante este período, más que nunca han separado á Rogerio é Ivonnette. Dos veces había venido la muerte á la casa de ésta, y la había dejado huérfana en el mundo. Una señora rica y caritativa había tenido piedad de la pobre niña, y se la había llevado consigo. Desde entonces nadie supo en aquél país lo que había sido de ella, y el mismo Rogerio, cuando, dos años después, había venido á pasar las vacaciones con su familia, tampoco pudo adquirir ninguna noticia de la niña. Más tarde, desgracias que se acumularon llevaron la ruina á M. Baradec, quien se vió en la necesidad de retirar á su hijo del colegio antes de haber terminado su educación. Rogerio se encontraba en el mismo caso, y tuvo por consiguiente que renunciar á las esperanzas que había concebido acerca de su porvenir, porvenir al que se había sometido por obediencia y no por simpatía. Al salir del colegio, se colocó en una casa industrial de las de mejor reputación. Esta posición era la única que parecía deber convenirle, porque su naturaleza demasiado delicada no le permitía entregarse á los rudos trabajos de una profesión manual. Rogerio, sin embargo, había llegado á París dotado de una constitución robusta y con los pulmones llenos de ese aire vital que se respira en las costas de Bretaña; pero no tardó en debilitarse en el colegio. Al entrar en la adolescencia el joven bretón no había conservado de su naturaleza primitiva más que un espíritu rebelde á todo aquello á que se le quisiera obligar, y á dejar vagar su pensamiento por el camino de los sueños, abandonando enteramente las escabrosidades de la vida real. La ciencia había penetrado y germinado en el cerebro de Rogerio, sin que el joven

se hubiera dado cuenta de tal cosa, y sin haber puesto la voluntad de su parte; de suerte que, al salir del colegio, se encontró semejante á un labrador que, sin haber trabajado por sí mismo, hallase su campo cubierto de mieses.

Llevaba ya dos meses Rogerio ante los grandes libros comerciales, cuando se sintió acometido por un fastidio invencible. Sus menores pensamientos se oscurecían al frío contacto de la aritmética, y muchas veces se le había reprendido por los graves errores que cometía sin cesar. Rogerio no esperó á ser despedido, y rogó á su patrón que dispusiese de la plaza que hasta entonces había ocupado.

Al dejar aquella casa, subió, como llevado por la casualidad, á uno de esos carruajes que sólo sirven para llevar á los alrededores de París. Dos horas después, se hallaba en los magníficos terraplenes de Saint-Germain. Hubo un instante en que se sintió desvanecido, como un prisionero que, por una brusca transición, pasara de su calabozo á la viva claridad del sol. El aire vivo del Sena le azotaba en el rostro y le obligaba á cerrar los ojos le pareció que había subido á la montaña más alta de su tierra natal, y enfrente de él nada más había que el azul del cielo y la inmensidad del mar. Sus pensamientos abandonaron el glacial letargo en que yacían y se agitaron en su alma tumultosamente. Dejando entonces el carruaje, fué á sentarse sobre un banco de piedra, y, apoyando la cabeza entre sus manos, pensó en Ivonnette En este momento, al percibir un ruido que parecía acercarse, Rogerio alzó los ojos y, con la rapidez de los fantasmas de una leyenda, vió pasar delante de él una cabalgada que dejaba tras de sí un torbellino de polvo. Como herido por una descarga eléctrica, Rogerio se levantó, irguiéndose de una manera extraordinaria, y, con los brazos extendidos hacia aquella visión que desaparecía, gritó con una voz en que se mezclaban la alegría y el dolor:

—¡Ivonnette! . . . ¡Ivonnette! . . .

Y cayó sin conocimiento, hiriéndose la frente en un ángulo de aquel banco de piedra.

Dos caballeros que pasaban á alguna distancia, oyeron el grito y vieron la caída, y acudieron precipitadamente á Rogerio. Uno de ellos examinó la herida, y movió la cabeza murmurando:

—No es de muerte . . . pero valía más que lo fuera!

—¿Por qué, doctor?

—¿Por qué? . . . De la herida sanará, pero la razón será perdida . . .

Momentos después, Rogerio, que no había recuperado el conocimiento, era trasportado á la casa de salud que el doctor Morin administraba en Saint-Germain.

III.

Al cabo de un mes, Rogerio estaba curado de su herida; pero el vaticinio del doctor se había cumplido: el joven estaba loco! . . . El doctor Morin, que era especialista en el tratamiento de las enajenaciones mentales, trató de volver la razón al enfermo que el acaso le había enviado, y conservó en su establecimiento al pobre loco. Por lo demás, la locura de Rogerio era dulce y tranquila, y no inspiraba ningún temor; por lo cual se le dejaba ir á todas partes, dentro de la casa, sin nadie que lo cuidara. El pobre Rogerio pasaba sus días en los jardines y arrancaba todas las flores amarillas que encontraba. El cuarto que habitaba estaba lleno de ellas, y había hasta en su lecho. Cuando algunas se marchitaban, sacaba de su pecho un ramito de florecitas secas, y comparándolas á aquellas, murmuraba:

—¡Ah, sí..... se parecen..... pero no son iguales! . . .

Había en aquella casa una encantadora jo-

vencita que se llamaba Roseta, y á la cual Rogerio manifestaba una tierna y conmovedora amistad. Cuando la encontraba, la tomaba de la mano, y llevándola consigo, ó bien haciéndola sentar á su lado, le hablaba con un lenguaje singular que la hacía reir á carcajadas. Entonces Rogerio reía con ella, ó lloraba dulcemente, y la jovencita acababa por llorar con él. Un día que ambos estaban en el jardín, brilló de súbito el relámpago y el trueno retumbó pavorosamente. Rogerio se arrodilló y obligó á su compañera á imitarlo; después, mostrándole el cielo, le dijo:

—Saca la medallita aquella que te dí, y reza . . .

La pequeña sacó de su corsé un medalloncito y se arrodilló al lado de Rogerio, que comenzó una oración bretona.

—¿Ya ves, dijo él al cabo de un instante, ya ves cuán buena es *Nuestra Señora*?..... Mira á tu padre que viene con el mío.....

Y señalaba dos barcas que costeaban la ribera sobre la que caía el jardín.

—Sobre todo, añadió gravemente, ten cuidado de no perder la medallita.

Otra vez su amiguita, habiendo notado la predilección que él tenía por las flores amarillas, le llevó un grueso ramillete de ellas.

Rogerio no se cansó de besarlas..... Las marchitó con sus labios.

Vino, entretanto, el invierno, y de las flores no quedaban ya más que las hojas secas. Rogerio, sin embargo, corría al jardín á buscarlas, y no encontrándolas sacaba el ramo de florecitas secas que llevaba siempre oculto sobre su pecho, y largo rato quedaba contemplándolo

Un día lo colocó en un vaso de agua, y permaneció más de seis horas inmóvil, esperando sin duda verle reverdecir. Al fin, llegó á imaginarse que en efecto sucedía así; y desde entonces todas las mañanas renovaba el agua del

vaso, rociando las flores antes de colocarlas en él. Esto duró hasta la primavera.

En esta época Roseta cayó enferma. Rogerio, no viéndola venir con él, pidió permiso para ir á verla. Cuando entró, Roseta estaba acostada en su lecho,—una de esas camitas blancas de las que, al cerrar la noche, van las madres á descorrer las cortinas, andando sobre la punta del pie, por no despertar al niño que sonríe en sus sueños. Al ver entrar á Rogerio, la pequeña levantó la cabeza, y apoyando un bracito sobre su almohada, le tendió una mano, que él estrechó dulcemente entre las suyas.

Con aquella esperanza que no abandona á los que van á morir y que no lo sienten, la jovencita se formaba los más lindos proyectos del mundo para la época de su curación.

—Cuando ya esté mejor, decía á Rogerio, nos volveremos á pasear en los jardines, y también en el bosque, á orillas del río . . . Debe haber allí muchas flores; ahora estamos en el estío . . . veo el sol muy claro . . . Ah! no dejes de traerme siempre flores . . .

Al día siguiente, cuando él la llevó un bonito ramillete, la pobre niña estaba más enferma: sus ojos ardían con la calentura de la fiebre; hablaba alto y de muchas cosas; y sus palabras, acompañadas de gestos multiplicados, parecían dirigirse á seres ausentes. La pobre niña deliraba. Reconoció, sin embargo, á Rogerio, y con la mano le indicó que se acercase. Después de haber contemplado un instante las flores que él la llevaba, se las volvió, diciendole:

—Hay un sitio donde se encuentran más bonitas. . . Es preciso ir allá . . .

—¿A dónde? preguntó Rogerio.

—¿No te acuerdas ya? dijo tristemente Roseta; y extendiendo una mano descolorida, y señalando un punto, añadió con voz triste: ¡Allá . . . allá abajo!

¡Allá abajo . . . es decir, allá, en lo más

hondo de sus recuerdos, en una pequeña aldea que se refleja en las tranquilas aguas del Yonne, y que se llama Cézy!..... ¡Allá abajo..... aquella dulce patria, cuyo nombre deja una gota de miel sobre los labios cuando se pronuncia suspirando!.....

Rogero movió la cabeza, diciendo:

—Ah! sí . . . sí . . . ya sé . . . yo iré mañana . . .

—No, dijo ella, espérame, iremos juntos.... pasaremos el río . . . ¡Ya verás, ya verás qué hermoso es aquello! . . .

Y así continuó hablando largo rato, llevada por el delirio á los risueños senderos que había recorrido en su infancia.

Como Roseta se quejaba cuando Rogero estaba á su lado, se había permitido á éste pasar los días en el cuarto de la enferma, á la cabecera de la cual permanecía él horas enteras inmóvil, silencioso, contemplándola. Ella con el delirio de la fiebre y él con el de su locura, se comprendían, sin embargo, perfectamente, ella hablando de su Borgoña, él hablando de su Bretaña: ambos pensando siempre en el país en que habían nacido, mezclaban sus recuerdos, se acordaban de todos aquellos grandes acontecimientos de su primera edad. Ella le hablaba de la feria de Joigny, haciendo mención de su vestido blanco; y Rogero le contestaba: «Ah! sí, sí me acuerdo!» y entonces hablaba de la feria de Nantes y de tantas cosas primorosas que había comprado en aquellas fiestas.

Entre tanto, hacía cada día mayores progresos la enfermedad de la niña.

Una mañana no se dejó entrar á Rogero. Roseta había muerto en la noche anterior, y también se había prohibido entrar á la madre de la niña.

Dos mujeres velaban junto al lecho.

No se había puesto aún á Roseta el vestido que debía llevar á la eternidad; estaba tendida sobre su lecho, con la cabeza sobre la almoha-

da y rodeada de su hermosa cabellera negra; sus grandes ojos, que habían quedado enteramente abiertos, parecían sonreír al ángel que había venido por su alma, y en sus labios era más expresiva la sonrisa, como un reflejo de la dicha que hubiera sentido cuando el lindo serafín le había sin duda mostrado el cielo, diciéndole: «¡Ven conmigo!» . . . Una de sus manos, trasparente á fuerza de blancura, tenía un lirio que Rogero le había dado la víspera.

Rogero suplicó que se le dejase entrar, y se le permitió. Se aproximó al lecho, y viendo á su amiguita inmóvil, la acarició en la frente, sin comprender nada.

—Tiene frío, dijo bajando la cortina; yo volveré cuando se despierte.

Al siguiente día se sepultó á Roseta. Era una hermosa mañana de Mayo; algunas jóvenes vestidas de blanco formaron cortejo á aquella dulce compañera que tan pronto las abandonaba.

Rogero tuvo entonces un momento en que pareció volver á la razón. Comprendió que su amiga estaba muerta y no dormía, y pidió permiso para seguir el acompañamiento. El doctor Morin le acompañaba, esperando quizás una crisis dolorosa que le pusiera sobre la vía de algún medio que seguir para alcanzar la curación.

El lugar que había sido escogido para la sepultura de Roseta, era una especie de escondido valle en el fondo del cementerio; la fosa estaba resguardada por hermosos rosales blancos que la rodeaban formando una corona.

En el momento en que se comenzó á cubrir la fosa con tierra, Rogero se aproximó á la orilla, y se le vió extender la mano y arrojar un objeto al fondo: era la medalla de *Nuestra Señora*, que había encontrado en la cama de Roseta.

—Le vuelvo su medalla, dijo al doctor, para que se acuerde de mí.

Al acabar de cubrir la fosa, se colocó sobre

ella una cruz negra. Algunos días después, Rogerio, al visitar la tumba de su amiga, acompañado del doctor, leyó esta inscripción escrita allí con letras negras y grandes:

ROSETA.

—¡Mentira, doctor! exclamó Rogerio: Se llamaba Ivonnette.

IV.

Un día fué á prevenir al doctor un amigo suyo, que al día siguiente le llevaría á la señorita Alina B. . . , actriz muy conocida en los boulevards.

—¿Está enferma esa señorita? preguntó el doctor.

—No, respondió su amigo; sino que, como tiene que representar próximamente en una pieza dramática el papel de un joven á quien el amor ha vuelto loco, quiere estudiar algo, observando á alguno que realmente lo esté.

Al día siguiente vino en efecto la señorita Alina á la casa de salud del doctor Morin. Era ésta una encantadora joven de 20 años, cuyo carácter vivo y petulante parecía poco á propósito para las excentricidades del drama. Era, sin embargo, la señorita Alina una persona muy amable, aunque en sus maneras no olvidaba las costumbres teatrales, revelando en todos sus movimientos ser una cómica de primera fuerza. En el momento en que la actriz, acompañada del doctor y su amigo, entraba á ver á Rogerio, se hallaba éste en el jardín haciendo secar al sol algunas florecitas amarillas que había recogido, porque quería sembrar las semillas sobre la tumba de la pequeña Roseta.

—Aquí está una joven que viene á verte, le dijo el doctor.

Rogerio alzó la vista, miró largo rato á la señorita Alina, y saludándola respetuosamente, le dijo:

—¡Ah, señorita! . . . ¡cuánto os parecéis á Ivonnette! . . .

Al oír este nombre, la actriz palideció repentinamente, y murmuró en voz baja:

—¡Es extraño! . . . ¿qué quiere decir? . . .

En seguida, dirigiéndose al doctor, le preguntó:

—¿Cómo se llama este joven?

—Rogerio; es bretón.

Y el doctor Morin contó lo que sabía de la historia de Rogerio, sin olvidarse de referir las causas de su locura y su rariño por la pequeña Roseta.

—Pero, agregó el doctor dirigiéndose á la actriz, que estaba muy conmovida; vos habéis conocido á Roseta: era la hija de vuestra camarista, á quien yo había puesto á la cabeza de mi lencería.

—Sí . . . me acuerdo, dijo la actriz con aire pensativo.

Pidió entonces permiso de ver el cuarto de Rogerio, curiosa de conocer la habitación de un *loco por amor*.

—Esto es muy curioso, añadió riendo, quizás por ocultar su emoción.

Lo primero que vió al entrar en la habitación, fué el ramito de florecitas secas colocado en un vaso lleno de agua.

—¡Ay de mí! murmuró con voz casi imperceptible: ¡y yo no he sabido conservar su medalla! . . .

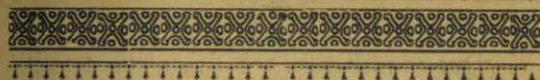
En efecto, se la había dado á la hija de su camarista para que le sirviera de juguete.

Rogerio no se ocupaba de ninguna de las personas que estaban allí: se había acercado á la ventana, y allí cantaba un aire bretón, repitiendo el nombre de Ivonnette á cada estribillo.

—Ya veis, su locura es muy dulce, dijo el doctor á la actriz, que escuchaba conmovida á Rogerio. Sin embargo, preferiría que es-

tuviera loco furioso; así lo curaría más pronto.

—Oh! . . . no! . . . exclamó Ivonnette ocultando sus lágrimas y esforzándose en ahogar sus sollozos: ¡no, doctor . . . os lo ruego . . . no lo curéis! . . .



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

La ducha.

(De A. Erhard.)

Una tarde de junio, el señor y la señora Lemadié esperaban tranquilamente la hora de la comida, en el jardín situado á la entrada de su casa.

El señor Lemadié leía un periódico, haciendo de vez en cuando comentarios en voz alta, y su esposa trabajaba tejiendo una especie de tapicería de punto pequeño.

—¿En dónde está Juana? interrogó la Sra. Lemadié, llevando la mano hacia su cesta de costura y sacando de unas madejas una hebra de seda escarlata.

—¿Tu hija? dijo el Sr. Lemadié.

Se volvió sobre su silla y designó con una mirada oblicua una de las extremidades del jardín.

—Mira, agregó, allá está, con el bitoque en la mano, preparándose á regar . . .

No había acabado de hablar, cuando de la calle partió un grito acompañado de un juramento formidable; luego se escucharon las interpelaciones furiosas de una segunda voz.